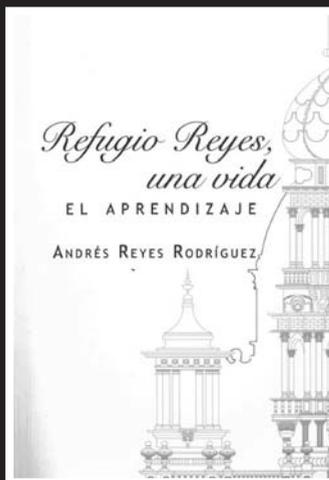


reseña



Refugio Reyes, Una Vida. El Aprendizaje.

Andrés Reyes Rodríguez

M. Alejandro Sifuentes Solís

Profesor Investigador
Centro de Ciencias del Diseño
y de la Construcción
Universidad Autónoma de Aguascalientes

Conocí al autor Andrés Reyes Rodríguez más o menos al mismo tiempo en que nuestros juveniles ímpetus nos llevaron a “descubrir” a un fabuloso constructor que atentaba contra todo lo que estaba aprendiendo en mi formación original como arquitecto y que, dado el ambiente todavía revolucionario e izquierdista respirable en nuestra generación, particularmente en lo relativo a los excluidos –y Refugio Reyes era en cierto modo uno de ellos, sobre todo por y para sus competidores académicos– nos condujo a enarbolarlo como una suerte de bandera contestataria que poco a poco empezamos primero a conocer a través de la defensa romántica de su obra, y después a estudiarlo con el rigor que permitía nuestra exigua formación como estudiantes de arquitectura metidos a investigadores o historiadores empíricos.

A pesar de que la sociedad porfiriana fue su comitente –que en aquel entonces veíamos más con recelo prejuicioso que con una óptica científica equilibrada–,

Reyes representaba para nosotros un desafío al orden arquitectural establecido. Quizá fuese por la defensa que de Reyes en ese tiempo hicimos los entonces estudiantes Benjamín Luna Vela, José Luis García Rubalcava y su servidor, por lo que nos tomó cariño la Sra. Esther Romo Reyes, nieta de don Cuco. Luego, andando un poco el tiempo, ella misma nos rentó la pieza del frente de la casa de Montoro 423, hoy Centro Cultural Refugio Reyes, en donde ya como arquitectos montamos un despacho de arquitectura. Por un tiempo sólo supe que varios compañeros y amigos de la carrera de Sociología, entre ellos Andrés Reyes, emigraron para realizar las maestrías y doctorados que los convirtieron en historiadores.

No lo sé con bases, pero sospecho que el interés de Andrés por Refugio Reyes de alguna manera debió haber partido de la curiosidad que le animaba el tener el mismo apellido del gran constructor. Supongo que en la decisión de comenzar a estudiar al originario de Saucedá de la Borda algo debió haber tenido que ver el paso del doctor Andrés Reyes por la dirección del Centro Regional INAH-Aguascalientes, donde pudo empaparse del impresionante legado patrimonial de Reyes Rivas. Por lo que ahora me honra enormemente que me haya invitado como comentarista de este libro de notable diseño editorial y de sólido trabajo archivístico.

Pero quisiera comenzar lo sustancial de mi comentario con una farragosa digresión

preliminar aparentemente insustancial y ajena a lo que nos convoca este mediodía, pero que me atrevo a hacer para clarificar mi posición y contextualizar mi lectura del libro que hoy se presenta, y que, como muchas veces me sucede, está influida por lecturas recientes y acontecimientos acerca de procesos y fenómenos de actualidad. Para ello requiero hacer una distinción fundamental entre una *relación de semejanza* y una *semejanza de relación*. ¿A qué viene todo esto? Me explico:

A que quiero establecer una *semejanza de relación* entre dos cosas aparentemente disímbolas, una de las cuales es completamente actual, y la otra, una tal que nos remonta varios decenios atrás en el tiempo pero que Andrés nos retrotrae con su nuevo libro *Refugio Reyes, una vida. El aprendizaje*; vean ustedes: la primera es un tema de oportunidad, las TIC (Tecnologías de la Información y la Comunicación), que contra lo que la mayoría piensa no son (sólo) un tema informático, sino que, aunque los chicos aún no se han dado cuenta de ello, representan todo un tema cognitivo con formas de conocimiento (tecnologías cognitivas) aún insospechadas, insuficientemente aquilatadas y frecuentemente desairadas por los académicos. La segunda cosa es el siempre apasionante tema del genial constructor del Aguascalientes porfiriano. De este modo, diré que es por lo menos osado afirmar que los nativos digitales no desarrollan capacidades cognitivas y nuevas formas de construcción

de conocimiento por el hecho de que están insertos en una suerte de banalización comunicativa en los ambientes de aprendizaje; como osado también sería afirmar que Refugio Reyes, por ser arquitecto empírico, no aportó mayor cosa al desarrollo de la arquitectura denominada ecléctica. Las TIC son a la innovación en las formas de construcción de conocimiento lo que Refugio Reyes fue a la innovación en la transformación de la materia en espacio con el empleo de un sistema constructivo novedoso en su tiempo y en este terruño. Si ven la semejanza de relación, no tendrán problema en advertir que no estoy comparando a Refugio Reyes con las TIC, sino lo que en su momento cada cual representa o representó para algo o para alguien; y verán por tanto que, como los académicos con las TIC, del mismo modo los académicos del tiempo de Reyes —y aún hasta hace poco— desacreditaron sus posibilidades, potencialidades y realidades.

Dicho esto, ahora postularé que Refugio Reyes fue un adelantado de, en y a su tiempo, gracias precisamente a las circunstancias de su vida y a las particularidades de su aprendizaje como constructor que nos relata maravillosamente el doctor Andrés Reyes Rodríguez en éste su nuevo libro. Y Reyes, el natural de Saucedá, lo fue en un sentido que posee doble mérito: por no ser académico y haber hecho lo que hizo, y por representar *una innovadora alternativa cognitiva* que incorporaba una rara sensibilidad hacia formas espaciales con respecto

a una tradición racionalizadora que las reducía a sustitutos planimétricos del espacio. Me explico nuevamente:

En un artículo que leí recientemente su autor escribe que “no hay aprendizaje sin conflicto cognitivo” (Palomo, 2013). No ser académico quizá pudo haber amilanado a Refugio Reyes (aunque la evidencia acumulada hasta ahora nos permite excluir esa posibilidad); en su lugar, la culpa —si acaso la hubo— la expió explorando atrevidamente territorios de la arquitectura que los académicos, salvo los más geniales, no podían acometer por obra y gracia, paradójicamente, de su formación académica. Dice Leslie Camilo que los arquitectos académicos utilizaban “el dibujo de imitación como disciplina visual que permitiera el dominio de la repetición (haciendo a un lado la capacidad creativa del autor)” (Camilo, 2011). Sólo hasta después de su etapa de aprendizaje, Refugio Reyes realizó dibujos prolija y bellamente detallados en los que se puede apreciar que combinaba la representación ortogonal con atisbos del sentido de la profundidad, es decir, con la perspectiva.

Así como las TIC son las antípodas de la linealidad del libro, las antípodas de la bidimensionalidad del plano fue la concepción volumétrica de don Cuco, pues la lógica de la representación carente de volumen tangible, es decir, la ilusión del volumen y la profundidad a través de la perspectiva y las axonometrías, fue a lo más a lo que llegó la Academia de San

Carlos y su sucedánea la Escuela Nacional de Bellas Artes. Y si lo traigo aquí a colación es porque ésta fue una de las primeras reflexiones que me suscitó la lectura del libro del doctor Andrés Reyes Rodríguez.

Si nos atenemos a una visión académica, aparentemente los dibujos de Reyes presentan ciertas incorrecciones técnicas que pueden apreciarse por ejemplo en la falta de dominio de la perspectiva científica, pero que, de haberlas solventado con estudios académicos, sin duda le hubiesen permitido dominar con suficiencia la geometría descriptiva porque era un dibujante respetablemente dotado. Pero estas supuestas “incorrecciones” en el fondo exhiben una gran sensibilidad que no proviene de la copia fútil y prosaica –a la manera de los académicos– de los modelos que tuvo a su alcance a través de la literatura que consultaba, sino (como las TIC de hoy, que representan un tipo distinto de construcción mental) de la gran ventaja que suponía su *modo de construcción mental*, nacida de la *experiencia con el volumen* desde los inicios de su oficio, pues, a diferencia de los arquitectos académicos, no pensaba ya en términos de una geometría plana bidimensional que buscaba simular la tridimensionalidad, pensaba más bien en términos de cómo se veían las cosas en el espacio, lo que para su época significaba un avance sustancial, sólo equiparable a los ensayos e investigaciones pictóricas de Picasso, Braque y otros (éstos fueron a dichas innovaciones, lo que Refugio Re-

yes al modo de construcción mental que aplicó en sus obras: he aquí otra semejanza de relación).

Su arquitectura, por ello, es de interpretación volumétrica y espacial, y en esa medida heterodoxa respecto a los cánones vigentes. Si bien carecía de una formación académica rigurosa (que por lo demás le habría estorbado o cercenado su sensibilidad), ésta la suplía con una gran imaginación creadora porque de entrada él imaginaba en volumen, y no en términos geométricos, su arquitectura. Sus claves de dominio del oficio no fueron *representaciones* (planos bidimensionales), fueron *manipulaciones* (materiales volumétricos), de lo cual es fiel testimonio la maqueta que elaboró de San Antonio y su experticia como peón, maestro y cantero, siempre en contacto con los materiales, aspectos que confirma este estimulante libro.

Es decir, desde el ángulo de la historia del arte, para configurar su obra arquitectónica Refugio Reyes empleó un *código de resolución plástico-expresivo basado en el volumen y la sensación de profundidad (el espacio)*, más que en el plano y la superficie. De ahí que los alzados de sus edificios estén resueltos a la vez como representaciones ortogonales con figuración del escorzo para simular la profundidad (también llamado perspectiva oblicua): quería plasmar en el plano lo que sus ojos ya habían imaginado o sus manos *ya habían manipulado*, por lo que partía al revés de los arquitectos académicos, quienes,

fieles a la tradición de la École des Beaux-Arts, por lo regular concebían primero planimétricamente sus obras (a través de la geometría descriptiva), y sólo después elaboraban perspectivas (simulación plana de la profundidad) y maquetas tridimensionales. Pero ellos no fueron peones ni maestros de obra. Eso hizo la diferencia.

De ahí también la extraordinaria relevancia del texto de Andrés Reyes Rodríguez que, como digo, no sólo confirma lo anterior, sino que nos adentra con una prosa fluida y una narración apasionante, primeramente en el mundo y circunstancias de la fase de aprendizaje de Refugio Reyes, desde su primera intervención como aprendiz de peón en Guadalupe, Zacatecas, hasta su elevación a maestro de obras en el mercado Jesús González Ortega de la capital zacatecana, y luego a la fase de maduración de su experticia constructiva en Aguascalientes con su más grande y laureada intervención: el templo de San Antonio. Hasta donde yo sé, toda esta etapa de la vida de don Cuco no había sido objeto de riguroso estudio por otros historiadores y no había conocido una obra editorial con la meticulosidad y profundidad de trabajo y con abundancia de fuentes primarias.

Me veo obligado a mencionar rápidamente que el libro *Refugio Reyes, una vida. El aprendizaje* está dividido en dos partes claramente diferenciadas pero con vasos comunicantes indisputables. La primera está conformada por tres capítulos en los que Andrés se remonta a los orígenes

de Saucedá y de Refugio Reyes, en donde ha resultado una sorpresa saber que, el en algún momento dueño de la hacienda de Saucedá fue el mismísimo José de la Borda, patrocinador de la iglesia barroca de Santa Prisca en Taxco, Gro. (1751 y ss). Documenta también su proceso de aprendizaje en el Colegio Guadalupano de Propaganda Fide y su continuación hasta lo que equivalía a la oficialía de los gremios novohispanos de constructores ya extintos para cuando nació nuestro arquitecto empírico.

La segunda parte está conformada por un solo y extenso capítulo que Andrés ha denominado: “La ejecución del aprendizaje”, en el cual nos ofrece la trayectoria de Reyes, el constructor consolidado, que también desempeñó funciones de ingeniero de ciudad,—que en la Nueva España correspondían al Maestro Alarife—, y quien era el encargado de las obras públicas en los ayuntamientos. Una aportación adicional es la publicación de los presupuestos y bitácoras de obra que resultarían de un valor incalculable para una de las sublíneas de investigación actualmente en curso en el centro académico del que provengo.

A mi juicio, las dos partes están bien equilibradas y apoyadas en un extraordinario trabajo en fuentes primarias y secundarias, en las que, de estas últimas, sólo extraño los nombres de algunos autores infaltables sobre los gremios de constructores. Las partes están aderezadas a intervalos con estupendas viñetas de detalles de la

arquitectura de Refugio Reyes que realzan el diseño editorial en su conjunto. A pesar del sólido trabajo archivístico, no puedo dejar de pensar en cierto tufillo conjetural de la primera parte por la gran cantidad de preguntas que Andrés se hace, muchas de las cuales resuelve con gran acierto e incluso deja generosamente abiertas algunas de ellas para otros investigadores e historiadores subsecuentes. La segunda parte está más firmemente asentada en certezas plenamente probadas, ya que es la fracción de la vida de don Cuco que más conocemos, pero que tampoco había sido tratada con la prolijidad documental de la que Reyes Rodríguez hace gala.

Pero la discusión medular que ventila el texto del doctor Reyes, de la cual proporciona invaluable datos para entender mejor la naturaleza de los aprendizajes empíricos del oficio de construir, o del “arte de arquitectura” para decirlo en términos novohispanos, sobre todo en el *impasse* de su extinción por las Leyes de Reforma, es justo *el carácter del aprendizaje de Reyes en el contexto del desarrollo del artesano-libre*. Si bien desde 1776 y 1791, con la política de racionalización de los Borbones se registran los primeros intentos por dismantelar el sistema gremial (De Buen, 1997), fue hasta 1813, en el marco de las Cortes de Cádiz, que en España existió un preludio a la muerte de dicho sistema en favor del ejercicio libre de un oficio sin examinación o agremiación de por medio (Illades, 1990); en 1823 se expidió un de-

creto de supresión de los gremios, seguido más tarde por el decreto del 25 de junio de 1856 sobre desamortización de bienes de las corporaciones civiles y religiosas, y en julio 12 de 1859 se prohibieron las cofradías (Ramírez, 1981), de las que la de constructores era una de tantas, por cuyo efecto de conjunto las agrupaciones gremiales se vieron obligadas a transformarse en sociedades mutualistas hacia 1860 (Orduña, 2008-2009).

Por otro lado, poco antes del nacimiento de Refugio Reyes, para ser preciso en 1857, el director de la Academia de San Carlos de las Tres Bellas Artes, el italiano Francisco Javier Cavallari, fundió en una sola la arquitectura y la ingeniería civil, adoptando como sistema de símbolos el trasfondo ideológico-estilístico del historicismo arquitectónico, y luego, en 1867, cuando Refugio Reyes tenía apenas 5 años, San Carlos se transformó en la Escuela Nacional de Bellas Artes, excluyendo a la ingeniería civil del plan de estudios (Camilo, 2011), con lo que ahondó la brecha entre la doctrina y el ministerio del oficio de construir, un proceso que ya se había conocido desde la segunda mitad del siglo XVIII y por el cual se abrió más el abismo entre los maestros “inteligentes en arquitectura”, “de notable pericia en inteligencia en su facultad”, los alarifes encargados solamente de la fábrica material, y los maestros alarifes responsabilizados de las obras públicas (Terán, 1998; Terán, 2001). Asimismo, las antiguas for-

mas contractuales de la *locatio conductio operis* y la *locatio conductio operarum* (Lastra, 1999-2000; Ramírez, 1981), figuras del derecho romano que pasaron a los gremios de la España medieval y luego a Nueva España, tuvieron que ajustarse a la nueva situación tras la disolución de los gremios, en la que el aprendizaje del oficio de construir sólo se redujo a un mero referente simbólico del antiguo taller.

Con todos los apoyos documentales de primera mano que nos regala el doctor Reyes Rodríguez, me queda claro que el aprendizaje de Refugio Reyes en sus primeras intervenciones guiadas, transcurrió en una forma hibridada –es decir, una transición *de facto* coexistente con una proscripción *de jure*– entre los resabios de la *locatio conductio operarum* propia de los oficiales, en la que lo importante era la actividad desplegada por el aprendiz y luego oficial no examinado (por contraposición a la *locatio conductio operis*, centrada en la fábrica terminada y su dirección por un maestro examinado), y el desarrollo del oficio en forma libre con la dirección de especialistas también de libre ejercicio de su disciplina académica, como bien lo asienta Andrés para los casos de Fray Juan Bautista Méndez, Sixto Espinoza, Luis G. Córdoba, Carlos Suárez Fiallo y José del Árbol y Bonilla en Zacatecas, o Federico Mariscal y Samuel Chávez Lavista en Aguascalientes. ¿Por qué una forma hibridada? creo, con Andrés, que por el extraordinario peso real y simbólico que

el colegio de frailes franciscos abocados a la propagación de la fe todavía tenía en los primeros años posteriores a la exclaustración, en la coyuntura de la liquidación total del sistema gremial y las nuevas formas del ejercicio del oficio, prácticamente contemporáneas al nacimiento de Refugio Reyes.

En la conclusión, de un modo brillante, Andrés Reyes recapitula sobre las dos clases de influencias en el proceso de aprendizaje y desarrollo del oficio de nuestro personaje con múltiples variantes cada una: las obtenidas de personas, instituciones y fuentes impresas, y las del contexto histórico que le tocó vivir. De la primera clase, el doctor Reyes lanza un desafío respecto al grado en que el Tratado de Giacomo Barozzi da Vignola influenció su trabajo; de la segunda clase, impele a historiar las relaciones de Reyes con Samuel Chávez, personaje que, junto a su sobrino en segundo o tercer grados, Carlos Contreras, constituye un referente de la mayor relevancia en la historia urbanística del Aguascalientes de la primera mitad del siglo XX.

El libro, como ven, está lleno de abundantes y riquísimas pistas para seguir dialogando, discutiendo e investigando, pues todavía está lejos de decirse la última palabra –si es que con Refugio Reyes puede existir algo así–, aun cuando este retoño supone un avance de incalculable valor, que seguramente garantizará al doctor Reyes Rodríguez un lugar en esta historia es-

pecífica y lo pondrá en boca de cualquier lector o investigador que quiera ahondar en la vida y obra del gran “arquitecto sin título”, pero más genial e innovador de lo que a primera vista pudiera parecer a otros soberbios profesionistas de ayer y de hoy, carentes de lo que a aquél le sobraba.

No me resta más que recomendarles amplísimamente su lectura y agradecerles su presencia testimoniando aquí este acontecimiento.

Bibliografía citada

- Camilo, Leslie (2011). “La Arquitectura Neoclásica en México”, en: «<https://sites.google.com/site/camiloleslie/la-arquitectura-neoclasica-en-mexico>».
- De Buen, Néstor (1997). “El trabajo antes de la Revolución Industrial”, en Néstor de Buen y Emilio Morgado (Coords.), *Instituciones de derecho del trabajo y de la seguridad social*, México, IJ-UNAM.
- Illades, Carlos (1990). “De los gremios a las sociedades de socorros mutuos: el artesanado mexicano, 1814-1853”, en *Estudios de Historia Moderna y Contemporánea de México*, Vol. 13, IIH-UNAM.
- Lastra, José Manuel (1999-2000). “El trabajo en la historia”, en *Anuario Mexicano de Historia del Derecho*, Vols. XI-XII, artículo consultado en «<http://www.juridicas.unam.mx/publica/rev/hisder/cont/11/cnt/cnt7.htm>», 13/02/2014.
- Orduña, Miguel (2008-2009). “Artesanos de la ciudad de México en la segunda mitad del siglo XIX: luchas de resistencia en el marco de la hegemonía”, en *Travesía*, 10-11.
- Palomo, Charlie (2013). “Conocimiento en la era digital: la universidad y la decisión pendiente”, en *Estudios de política y administración de la educación*, Norberto Fernández Mamarra (Org.), Nuevo pensamiento y sociedad. Aportes de posgrados. Segundo Número, Editorial de la Universidad Nacional de Tres de Febrero, julio.
- Reyes Rodríguez, Andrés (2013). *Refugio Reyes, una vida. El aprendizaje*, Ayuntamiento de Aguascalientes-Instituto Municipal Aguascalentense para la Cultura, México, 224 págs.
- Ramírez, Braulio (1981). “El trabajo, las ordenanzas y los gremios en la Nueva España”, en José Luis Soberanes (Coord.), *Memoria del II Congreso de Historia del Derecho Mexicano (1980)*, México, UNAM.
- Terán, José Antonio (1998). “Los gremios de albañiles en España y Nueva España”, en *Imafronte*, Vols. 12-13, Murcia: Universidad de Murcia.
- Terán, José Antonio (2001). “El aprendizaje de la arquitectura en la Nueva España”, en *Hábitat*, Año 8, No. 8, primavera.